

Pactar con el pueblo

RED ROJA :: 16/06/2015

Es vital avanzar en dos tareas esenciales que tenemos por delante: consolidar los cimientos del poder popular y avanzar en la construcción de la organización revolucionaria.

Porque no se puede pactar con el diablo y con el pueblo a la vez, ni gobernar para "los de abajo" sin meter mano a "los de arriba", ni cambiar la sociedad con frases sin una organización preparada para la lucha.

Las pasadas elecciones municipales y regionales confirman el progresivo desplome de todos los partidos (excepto el PNV) que formaron parte del consenso de la Transición y que empezó a manifestarse en las elecciones al Parlamento Europeo de hace un año. Destaca especialmente la bajada en votos de PP y PSOE (juntos no llegan al 45%) y la desaparición de IU de todos los parlamentos regionales - excepto en Asturias - y de los grandes ayuntamientos.

Por el contrario, en miles de ayuntamientos proliferan coaliciones afines a Podemos o "en su espíritu" y que, independientemente de la ambigüedad de su discurso, son percibidas como de izquierda. Caso aparte es el de las CUP en Cataluña, que casi cuadruplican el número de votos y de concejales, rompiendo la tendencia general al debilitamiento de las organizaciones que se reclaman abiertamente como de la izquierda transformadora.

La realidad de esas coaliciones que dicen perseguir una "nueva forma de hacer política" es que, si bien han participado en ellas personas reconocidas por su honestidad y su presencia en las luchas populares, han incorporado a personajes bien conocidos de Iniciativa per Catalunya o de IU que han participado en privatizaciones o apoyado maniobras especulativas. Los más llamativos son los casos de Barcelona, donde ICV participó en privatizaciones masivas en el Gobierno del tripartito o el de Ahora Madrid cuyo número 5, Inés Sabanés votó - como portavoz del Grupo Municipal de IU - a favor de la recalificación de la Ciudad Deportiva del Real Madrid para construir las cuatro gigantescas torres.

El importante apoyo a esas candidaturas, que coexiste con una abstención del 35% y superior a la de 2011, procede en su mayoría de "sectores intermedios" y de capas populares proletarizadas que ven hundirse sus condiciones de vida y de trabajo. Tras una etapa de importantes movilizaciones, ese voto refleja la apuesta de "echar al PP", un partido que controlaba con mayorías absolutas la mayor parte de los gobiernos y que ha concentrado un odio popular difícil de igualar. Y han logrado su objetivo en gran medida.

No cabe duda de que este resultado electoral refleja un gran debilitamiento de la representación política de las clases dominantes, inmersa en enfrentamientos internos entre acusaciones de corrupción sin límite mientras gestionan brutales recortes laborales y sociales. Al tiempo que ven alejarse, por ahora, la tabla de salvación de un "pacto de Estado" PP-PSOE, que este último se ve obligado a rechazar para no suicidarse políticamente, como Pedro Sánchez está explicando pacientemente a los círculos de empresarios. Una vez más se ha realizado el vaticino del actual presidente de la Comisión

Europea Jean Claude Junker: “los políticos sabemos perfectamente que es lo que hay que hacer. Lo que no sabemos es cómo hacerlo y que nos voten”.

Si bien esto no solo es válido para el estado español, particularmente aquí, dentro de la caída del bipartidismo, la degradación política del PP va más allá de la aritmética electoral. Este partido vuelve a ser un problema de grandes dimensiones para la estabilización política ansiada por los poderes reales cuando se producen crisis de legitimidad ante movilizaciones populares. Y ello, dada la casi nula capacidad de “tejer alianzas dentro del sistema” que históricamente ha tenido ese partido con respecto al PSOE. Por eso, hay que estar aún más alerta, si cabe, ante esa ridícula operación de sacar al PSOE de “la casta”, después de la ridiculez que suponía separar a la casta del sistema. Y que solo puede acabar, tal como ya hemos advertido, en la madre de todas las ridiculeces: ver a ese partido postulándose de nuevo como la habitación principal de la “casa común de la izquierda”.

Desde el punto de vista de la expresión electoral popular, ciertamente muchos votos han cambiado de sitio. Otra cosa es que los gravísimos problemas de quienes - de aquí o de fuera - no tienen trabajo o trabajan larguísimas jornadas por un salario de miseria, quienes no tienen ni prestación ni subsidio, la juventud expulsada de unos estudios que no puede pagar y que no vislumbra ningún futuro, las mujeres extenuadas por la triple jornada laboral, la sanidad y la educación desmanteladas, etc, tengan alguna posibilidad de resolverse por esa vía, por más ilusión que haya generado en gente honesta de todas las latitudes.

Una nueva imagen, nuevas caras, nuevas “frases” han señalado a muchos de los protagonistas de la corrupción política y la necesidad de acabar con la “casta” infecta, pero - sorprendentemente y tal como advertimos en su momento- sin mencionar a quienes sobornan a esos corruptos: a las manos de banqueros y empresarios que mueven las marionetas del espectáculo político.

El asunto es importante porque compartiendo que es absolutamente necesario echar fuera a los responsables inmediatos de tanto latrocinio, de tanta represión, de tanto sufrimiento del pueblo, el problema esencial es que podemos estar cambiando de caras - como ocurrió con el PSOE en 1982 - para darnos cuenta de que detrás de ellas siguen mandando los mismos dueños de todo.

Y ahora hay menos margen para comedias que a comienzos de los años ochenta. Ahora no se trata sólo de evitar una estafa política. La cuestión es de vida o muerte para cada vez más gente. Hoy no es únicamente un espejismo, sino un lujo que no nos podemos permitir, hablar solo de corrupción sin plantear que es imposible llevar a cabo políticas sociales desde ayuntamientos y gobiernos autonómicos si se está obligado a cumplir los objetivos de déficit y se sigue pagando una Deuda que alcanza a la mitad de los presupuestos públicos. Y hoy tenemos un ejemplo cercano: la Deuda es el instrumento de extorsión mediante el que la UE y el FMI pretenden imponer en Grecia nuevas reformas laborales o recortes de las pensiones a un pueblo que prácticamente se muere de hambre.

No hay tampoco la menor posibilidad de que haya cambio para la vida de los millones de paradas y parados, de jóvenes trabajadoras y trabajadores precarios (emigrantes o inmigrantes), de pensionistas en la miseria, si no se expropien la banca, la tierra y demás

recursos naturales, las grandes multinacionales y no se devuelven a manos públicas todos los servicios privatizados.

Y esto que intuye cada vez más gente, que cada vez más trabajadores y barrios populares están dispuestos a exigir, es lo que más temen los empresarios y banqueros del Ibex 35; esos ladrones que exhiben impudicamente sus beneficios y que ante medidas tan suaves como imponer tasas a los bancos por las viviendas vacías o exigir condiciones laborales dignas a las empresas con las que contraten los ayuntamientos, ya alertan frente a la “inestabilidad” o la “radicalidad”. Precisamente esta es otra clave de la tragedia que se avecina: la sola persistencia en la petición de medidas de “sentido común” -no digamos ya la de volver a supuestos estados de bienestar pasados- genera desestabilización en un sistema capitalista que está en crisis real. Por eso este se muestra duro hasta con las poses.

Cuando se apaguen los farolillos de lo que, cuando ganan, llaman cínicamente “la fiesta de la democracia”, volverá a aparecer la realidad. El único partido que tolera el capitalismo es el que gobierna de acuerdo con sus intereses (se llame como se llame). Por eso, Red Roja sigue defendiendo la conformación urgente del **referente político de masas** que, partiendo de lo que hemos definido como la línea de demarcación política en la actualidad (la exigencia del No a un Pago de la Deuda que obliga a hacer todo tipo de recortes), acompañe a los sectores populares hacia la reclamación de la Expropiación bancaria y, consecuentemente, de la Ruptura con las instituciones europeas y el euro... en un proceso que, naturalmente, no acaba ahí.

Precisamente porque cuando los límites de las propuestas reformistas y pacifistas acaben de hacerse evidentes, es preciso que muchos compañeros y compañeras que se ilusionaron con lo fácil que podría ser resolver nuestros problemas con un voto, no caigan en el desánimo y vuelvan a encontrar su lugar en la pelea, ahora con las cosas más claras. Sabiendo que lo esencial (y lo que requiere de muchas manos) es que, paso a paso y desde la lucha más inmediata a la más amplia, se vaya conformando el inmenso poder que tenemos como clase y como pueblos. A condición de que a través de cada lucha - la mas grande y la más pequeña descubramos que, más importante que cualquier objetivo concreto conseguido, son los avances en el nivel de conciencia y de organización en cada barrio, pueblo, lugar de trabajo o de estudio.

Para conseguirlo es preciso tener bien claro que lo que nos define socialmente no es la “ciudadanía”, gran descubrimiento tanto de Podemos como del Frente Cívico para incorporar “al 99%” y del que tan pronto se ha apropiado la derecha creando una nueva marca con ese mismo nombre: “Ciudadanos”. Consciente o inconscientemente, quienes desde posiciones de izquierda utilizan el concepto de “ciudadanía” como sujeto de transformaciones sociales, ien una ofensiva de clase tan brutal como la que vivimos!, contribuyen a ocultar aquello que la burguesía tiene más interés en esconder. Eso que si se viera con claridad, haría caer el telón de las farsas democráticas de la burguesía: que lo fundamental no es el partido que gobierna sino la clase social que detenta el poder.

Por el contrario, la condición esencial para construir nuestra fuerza es saber que lo que nos define es que somos aquellos y aquellas a quienes han privado de todo y quienes para poder vivir debemos vender lo único que tenemos, nuestra capacidad de trabajar. Sin olvidar que

esta contradicción entre capital y trabajo, aun siendo el eje sobre la que giran las demás, no es la única existente, pues ese poder del capital que convierte a los seres humanos y las relaciones sociales en mercancía, se expresa mediante la opresión patriarcal de las mujeres trabajadoras, quienes sufren doble explotación, en el trabajo y en la casa, y doble alienación, como trabajadoras y mujeres mercancía (y no sólo en la prostitución, sino también en el matrimonio).

Sí. La lucha de clase sigue siendo el motor de la historia. Pero adquirir conciencia de clase no es fácil ni automático. Para impedirlo se destinan enormes cantidades de recursos en manipulación informativa, en “educación” según sus valores y en represión.

A la construcción de conciencia y de fuerza organizada emancipatoria pretende contribuir Red Roja, bien pegada a cada lucha concreta, cuidando de que su resultado acumule fuerzas para la siguiente, buscando la confluencia revolucionaria con otras organizaciones y personas, y sabiendo que lo decisivo es avanzar en el nivel de conciencia y de organización del pueblo.

En este marco de acumulación de material altamente inflamable, en el que los poderosos ya no pueden seguir gobernando como antes y los pueblos no están dispuestos a dejarse dominar como hasta ahora, se produce la II Asamblea Congresual de Red Roja.

Tras las contiendas electorales de este año y las ilusiones que han generado, el riesgo mayor es que el desencanto y la frustración se salden con el avance de opciones fascistas. Para minimizarlo es vital que se haya avanzado en las dos tareas esenciales, íntimamente vinculadas, que tenemos por delante: consolidar los cimientos del poder popular y avanzar en la construcción de la organización revolucionaria.

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/pactar-con-el-pueblo